

CELCIT. Dramática Latinoamericana 502

DAR EN LA TECLA

Drama familiar en 10 escenas

Mariano Moro (Argentina)

PERSONAJES:

JOSÉ LUIS, DUEÑO DE CASA.

MÓNICA, SU MUJER.

FEDERICO, HERMANO DE JOSÉ LUIS.

BLANCA, MADRE DE JOSÉ LUIS Y DE FEDERICO.

Escena I

Entre BLANCA y MÓNICA (JOSÉ LUIS en off)

La sobremesa de una casa de nietos de inmigrantes que han progresado, donde se festeja la abundancia. Estaban los dos hijos del matrimonio, ya se levantaron y se fueron.

BLANCA

¿Qué hace tu marido, que deja así abandonada a su madre?

MÓNICA

Está limpiando la parrilla, no le gusta dejar que se solidifique la grasa. Después le cuesta más, y yo en eso no me meto.

BLANCA

Sí, sí. Lo que vos digas. Si estuviese cualquiera de esos amigos borrachos y boludos que tiene, no sería tan mal anfitrión. Como decía mi buena amiga Cuqui: hay que matarlos de chiquitos. ¿Por qué no lo maté de chiquito?

MÓNICA

Blanca, te atendió como a una reina, pobre tu hijito. ¿No comiste bien?

BLANCA

De eso no digo nada. El asado estuvo bueno. Yo hubiera preferido lechón. Tengo como un antojo.

MÓNICA

¿Y el vino, te gustó? Le diste con ganas.

BLANCA

¿Qué te pasa, bruja? ¿Me vas a tratar de borracha, cuando soy la única sobria que queda en esta familia?

JOSÉ LUIS (*Desde dentro.*)

¿Sobria? Te tomaste sola la botella del mejor vino que tenía! Un Chateau Bachêlet del Alto Tupungato. Cosecha 2003.

BLANCA

¡Qué caradura! Si apenas lo probé. Fijate como para la oreja. Para lo que tenga que ver con el vino, está dispuesto. Para lo demás, no existe. Por mí tu Cható Bachelé te lo podés meter en el culo, junto con el gato. Dos mil tres veces.

JOSÉ LUIS

Eso decís ahora que ya te lo tomaste.

BLANCA

Y dale. Se lo tomaron ustedes, atorrantes.

MÓNICA

Bueno, Blanca, tranquila.

BLANCA

Yo estoy muy tranquila. Hoy no me pienso pelear. ¿Para qué? Yo te entregué un hijo en buenas condiciones. Si a tu lado se convirtió en el cerdito pelotudo que es ahora, no tengo por qué tomármelo a pecho. Ya sé que amargarme no me va a servir de nada.

MÓNICA

Cuánta filosofía.

BLANCA

Es lo que me sobra. ¿Qué otra cosa te van dejando los años? Ni a mis nietos puedo casi ver. ¿Dónde se metieron?

MÓNICA

Nico se fue a entrenar fútbol, y Leticia se fue al cine con una amiga y la familia. Después la traen.

BLANCA

¿Entonces Federico no los va a ver? ¡Qué picardía! ¡Para una vez que viene! Qué grande está Leticia. Ya no es más la nena de la abuela.

MÓNICA

Pero te hace caso.

BLANCA

Sí, me hace caso. Es la única cariñosa de esta familia. Es dulce y buena. Sale a la abuela. En el carácter, no en el físico. La tenés que cuidar, porque tiende a ponerse gorda, como todas las mujeres de tu familia. Yo a su edad era un palito.

MÓNICA

¿A mí me ves gorda?

BLANCA

No, vos estás bastante bien. Menudo pacto con el Diablo habrás hecho. Aunque esa ropa y ese peinado no te favorecen en lo más mínimo.

MÓNICA

Los aros, ¿no te gustan?

BLANCA

Los aros, lo peor de todo. Qué aparatosa que sos, MÓNICA. No le tenés miedo al ridículo.

MÓNICA

Vos ahora estás más sobria, pero en tus años mozos, bien que te gustaba lucir.

BLANCA

¿A mí? Qué sutil que sos para tratarme de vieja. No te digo que en otro tiempo no tuviese cierta coquetería, y la mantengo, pero escapé siempre del mal gusto, ejemplo que debieras imitar. Vieras mi suegra y mi cuñada como me censuraban cuando me casé. ¿Quién me mandó a meterme en ese nido de víboras? ¡Qué pelotuda!

MÓNICA

¿El amor?

BLANCA

¿El amor? ¡No digas taradeces! ¡La ignorancia! Éramos tan infelices en aquella época. ¿Podés creer que yo me casé virgen? Si fuera hoy, ni en pedo me agarran.

Recién casada, me compré tela para hacerme una pollera, y cuando la estaba cosiendo, aparece mi suegra y me dice: “¿Qué está haciendo -porque siempre me trató de usted-, descocada, una falda con su talle actual? ¿No sabe que con los embarazos va a engordar y ya no va a volver a tener cintura? ¡Preocúpese más por la casa y menos de su atuendo!” Me querían de sirvienta, las yeguas esas. La vieja y la hija. Y tu suegro, que en paz descanse, ¿creés que me defendió alguna vez? A beber y timbear con los amigos, y a mí que me parta un rayo. Alcohólico desde los doce años, y yo queriéndolo poner en vereda, tonta de mí. Ahora que al fin se murió, lo tengo que volver a ver en tu marido, cada vez más parecido: desatento, borracho y pelotudo. Un calco de su padre. Y si le decís algo, te ladra. Imposible hablar con él. Lo que se lleva en la sangre... Si hubiese tenido hijas, por ahí sí heredaban algo de mí.

Escena II

JOSÉ LUIS, BLANCA, MÓNICA

JOSÉ LUIS (*entrando*)

Me pican los oídos. ¿Estarás diciendo algo de tu primogénito, Blanca Paloma?

BLANCA

¿Yo? ¿Qué tengo que decir de vos, cerdito mío? Sacando tus modales de cavernícola y esa panza asquerosa que venís echando, no tengo nada que objetar. Sabés que soy de callarme las cosas.

JOSÉ LUIS

¿A esto lo llamás panza? Son abdominales de atleta. Así me gusta, que se te caiga la baba por tu bebé.

BLANCA

De baba nada; eso vos, que sos un baboso. No creas que no te he visto como babeás por las amigas de tu hija, ¡degenerado! Yo que tu mujer, te cortaba las bolas con una hoja de afeitar.

JOSÉ LUIS

¿Qué decís, loca de mierda?

BLANCA

¿Loca de mierda le decís a tu madre? Digo lo que veo, ¡infradotado! Mirando a las nenas de quince años... ¡Viejo verde! Pobre Leticia, que es una santa.

MÓNICA

¡Como la abuela!

BLANCA

La pobre todavía no se da cuenta del rufián de padre que tiene. Es inocente.

MÓNICA

¡Como la abuela!

BLANCA

¡Como la abuela! ¡Como la abuela! Por supuesto que si la nena tiene algo bueno le viene de la abuela. ¿O acaso tiene otra fuente de donde beber virtudes? ¿Qué te pasa a vos, hija de puta? ¿Te hacés la irónica conmigo? A mí vos me tendrías que hacer un monumento; o mejor, un altar, y prenderme velas. ¡Las cosas que tengo que aguantar!

JOSÉ LUIS

Nadie te obliga. Te podés quedar bien sola y tranquilita en tu casa. No creas que te vamos extrañar demasiado.

MÓNICA

¡Aflojá, JOSÉ LUIS!

BLANCA

De eso se trata, ¿no es cierto? De dejarme sola como a una perra hasta que me deteriore lo suficiente como para poder internarme en un geriátrico, ¡y listo el pollo! ¡Cría cuervos! ¡La ingratitud no conoce límites, alabado sea Dios!

JOSÉ LUIS

Yo sólo quiero que no sufras por nuestra culpa.

BLANCA

Tarde piaste. Los mejores años de mi vida deslomándome para sacarlos adelante a vos y a tu hermano, trabajando como una burra, mientras tu padre se daba la gran vida deambulando de taberna en taberna y de burdel en burdel. ¡Ni un solo peso me pasó en la vida! ¡Ni uno solo! Hasta el último sachet de leche para que ustedes no se murieran de hambre lo tuve que sudar como una esclava. Ni hablar de las clases de piano de tu hermano, porque el señorito tenía que estudiar piano. No me quejo. Si hubiese sabido que era un genio, hasta con gusto se las hubiera pagado. Al menos ésas sí sirvieron para algo. Él triunfó y vos saliste adelante, pero a mí, la vida, ¿quién me la devuelve? Sólo yo sé las que pasé. Y ahora, ¿qué cariño recibo?

JOSÉ LUIS

¿El de Federico?

BLANCA

Federico no es tan bestia como vos, eso lo reconozco. Pero está muy ocupado con sus cosas, y vive en otro país. Bah, vive de gira, el pobre.

JOSÉ LUIS

Sí, de gira y en otro país; me la hizo bien. Él se da la gran vida por el mundo y a la vieja me la tengo que bancar yo. Ahora, si querés zafar del geriátrico, vas a tener que convencerlo para que te reciba en su casa, donde sea que la tenga. Si es en el fin del mundo, mejor.

MÓNICA

José, ¡no seas animal!

BLANCA

No le pidas peras al olmo, Mónica. ¿No te digo que es una bestia? Igual la culpa es tuya, no te hagás la mosquita muerta. Cuando yo te lo entregué, era un pimpollo. Simpático, atento, delgado... ¿Y de bebé? Las vecinas me decían: “Nunca en la vida, ¡nunca!, vimos un bebé tan hermoso.” Pobres viejas, menos mal que se murieron antes de ver que se convirtiera en este jabalí.

MÓNICA

¿Pensás que la culpa es mía?

BLANCA

Algo le habrás hecho, bien yegua que sos. Yo lo desconozco. Esto ya no es un hijo mío.

JOSÉ LUIS

¡Ternura de madre!

BLANCA

La ternura la guardo para mi nieta, la única que la merece. Los demás, se pueden ir bien a cagar.

MÓNICA

¡Tengamos la fiesta en paz!

BLANCA

Tenés razón. Dale, hijito. Traé algo para brindar, que tengo la garganta seca. Me hacen hablar...

JOSÉ LUIS

¿Querés vino o champagne?

BLANCA

Preparate uno de esos tragos que hacés vos, dale. Una habilidad que tenés, lucila. Mimame un poco. Mañana estaré muerta.

Sale JOSÉ LUIS.

Escena III

BLANCA y MÓNICA

MÓNICA

A ver si aflojan un poco, vos y tu hijito, justo hoy que va a venir Federico...

BLANCA

¿A mí me lo decís? Yo estoy hecha una seda. Influí vos en ese bestiún; a mí, ni puto caso que me hace. Aprovechá las mieles de la reconciliación. A propósito, me dejaron en ascuas, vos y ese otro, sin desayunarme de nada. No creas que no estoy contenta de que hayan vuelto. Toda ese asunto de la separación me parecía un disparate, y por cierto, me robaron con eso la poca salud que tenía y algunos de los pocos años que me quedaban; pero lo menos que me merezco es saber qué carajo les pasó, ¿no te parece?

MÓNICA

¿A mí me preguntás? Tendrías que preguntarle a tu hijo.

BLANCA

¿Porque es mi hijo? ¿Vos conmigo no tenés confianza?

MÓNICA

No sólo porque es tu hijo, sino porque la idea de separarnos era una idea de él.

BLANCA

¿Tenés mierda en las orejas? ¿No te digo que con él no se puede hablar? Ya sé que lo de la separación era una idea de él. ¿Y con eso qué? Contame vos. ¿Escrúpulos conmigo? ¡Arpía!

MÓNICA

A mí nunca me quedó del todo claro. Fue una crisis.

BLANCA

¡Una crisis! No me arregles con esa palabreja. ¿No te quedó del todo claro o es que no me querés contar?

MÓNICA

¿Qué se yo, BLANCA? Esa angustia que sintió, de dónde le vino... Cosas de la edad, pasando los cuarenta... El trabajo...

BLANCA

¡Qué trabajo ni ocho cuartos, si ahí dónde está gana fortunas y se rasca las bolas como todos los funcionarios! Yo sí que sudé sangre para esos yanquis chupasangres que me exprimieron hasta la última gota. En su puta empresa,

llegué a tener cuatrocientas mujeres a mi cargo, y entre las cuatrocientas, no juntabas el cacumen necesario para formar un solo cerebro. Él, como jefe de su regia oficina del Estado, entra y sale cuando quiere, lee los diarios, navega por Internet...

MÓNICA

Me prometió que va a hacer terapia.

BLANCA

¿Y vos le creíste, con lo cobarde que es? Tampoco es que la psicoterapia sea la panacea, los psicólogos están todos del tomate, y a un psiquiatra mejor que ni se le ocurra ir; esos están todos arreglados por los laboratorios y te recetan psicofármacos hasta dejarte idiota, lo cual en José Luis no haría diferencia, no creas que me preocupa eso. Lo que me asusta es que se le junte el efecto del alcohol con el de las pastillas y tengamos una desgracia.

MÓNICA

A mí se me ocurre que hablar de sus cosas con un buen psicólogo...

BLANCA

¡Un buen psicólogo! ¡Un buen psicólogo! Un chancho violeta, un perro que cante, un hombre que valga la pena...

MÓNICA

Blanca, vos tampoco creés en nada...

BLANCA

¿Hago mal? Dame una buena versión de por qué se separaban, a ver si te la creo.

MÓNICA

Las cosas de la intimidad tampoco me parece que te las tenga que contar.

BLANCA

Ni yo te las estoy preguntando, tarada. Él mismo me dijo que en el sexo están como el primer día, sin que yo se lo preguntara. ¿Qué me viene a mí con esos asuntos? Yo soy de otra época, no me interesan las porquerías. Acá se trataba de otra cosa. Y tampoco creo que sea como el primer día: esas son las bravuconadas de macho argentino que le salen a veces, pobre infeliz.

MÓNICA

Bueno, ¿qué querés que te diga? ¿No decís vos que es igual al padre? Ya sabés que estaba desbarrancado, que salía todas las noches, que bebe demasiado, que le gustan las putas...

BLANCA

¿Qué decís? ¿Encima es putaño? Tampoco difames a mi nene. ¡Qué lengua que tenés! ¿De qué me estás hablando? En todo caso, esos serían motivos para que vos pidieras el divorcio, no para que lo pida él. Y vos no lo ibas a pedir, estás aferrada al statu quo. Vivís aquí cual reina en su palacio. No creas que te juzgo por eso. Disfrutalo mientras puedas, aunque no lo merezcas. Yo pienso en mis nietos, pobres ángeles.

MÓNICA

Sintió culpa...

BLANCA

¿Culpa de qué?

MÓNICA

Historias que tuvo...

BLANCA

¿Qué clase de historias?

MÓNICA

Mujeres...

BLANCA

¿Mujeres o putas?

MÓNICA

¿Las putas no son mujeres?

BLANCA

¿Me vas a hacer un planteo feminista a favor de las pobres putas? No tenés límite. *(suena el timbre; MÓNICA se levanta para ir a abrir la puerta)* Te salvó el gong. Ya te voy a agarrar, atorranta. Ç

MÓNICA sale.

Escena IV

Monólogo de BLANCA

BLANCA

Se creen que me pueden engañar. ¿No saben que soy bruja? Me tratan de vieja tarada y me hacen sentir un estorbo. Si seré imbécil. Siempre sola como una perra mientras ellos esperan con paciencia para heredar el escaso patrimonio que tengo, fruto de mi sudor y de mis lágrimas. ¿Y qué hago yo, más que

ayudarlos en lo que puedo y callarme todo lo que pienso? Si esta boca mía hablara...

¿Molesto con algo? ¿Les echo algo en cara? El préstamo que les di para su primer departamento, nunca me lo devolvieron. Se quedaron con mi porcelana, mis cubiertos de plata, mis muebles antiguos, mi ajuar... Ahora son potentados y viven como jeques, no obstante lo cual, arden de impaciencia por heredarme. Yo tendría que vender todo, darme la gran vida por el mundo y gastar hasta el último peso, para que después lamenten mi muerte aunque sea por tener que pagar de su bolsillo el cajón y el entierro. Si al menos se entendieran entre ellos. Me desquiciaron con el amago de ruptura. Ya bastante mal criaron a sus hijos como para que vengan ahora a terminar de estropearlos con una locura como ésta. Los chicos son los que sufren y pagan el pato. ¿Y quien piensa en ellos? Nadie. Puro egoísmo, eso es lo que hay. No queda sino la abuela para pensar en los demás.

Escena V

BLANCA, MÓNICA y FEDERICO

Vuelve MÓNICA con FEDERICO

MÓNICA

¡Acá está el hijo pródigo! ¡La estrella internacional!

BLANCA

¡Mi nene! Venga para acá a darle un abrazo a su madre, que la tiene siempre lejos y olvidada.

FEDERICO

Eso nunca madre (*La abraza.*) No podría olvidarte ni aunque quisiera.

BLANCA

¿Y por qué ibas a querer olvidarme, guacho de mierda?

FEDERICO

Por ningún motivo, madre. Por ningún motivo.

BLANCA

Ya comimos, los chicos ya volaron... Yo quería que te esperásemos, pero ya sabés cómo es, acá no me hace caso nadie.

FEDERICO

No importa. Tampoco tengo hambre. Comí lo que me dieron en el avión.

BLANCA

Cualquier porquería te habrán dado. Tu hermano en cambio hizo un asado fantástico.

FEDERICO

Me imagino. Los asados de mi hermano son los mejores del mundo.

MÓNICA

Mirá que sobró un montón. ¿Querés que te traiga algo?

FEDERICO

No. De verdad que no. Ando muy nervioso y me va a caer mal.

BLANCA

¿Qué te tiene nervioso, si te está yendo bárbaro y hasta dicen que sos el mejor pianista del mundo? Lo leímos en el diario y también lo dijeron en tele, ¿no es cierto, Mónica?

FEDERICO

No mamá. No soy el mejor pianista del mundo. Pero aunque lo fuera, ¿qué tendría que ver eso con estar nervioso?

BLANCA

Andás por ahí, de ovación en ovación, limusina, hoteles cinco estrellas... haciendo lo que te gusta, ¿y te ponés nervioso?

FEDERICO

Es estresante, la verdad. Pero no sólo el trabajo puede ser causa de angustia.

BLANCA

Estrés, angustia... Bueno, bueno... Qué palabrotas. Yo sí que no tengo paz y nunca me quejo.

Escena VI

JOSÉ LUIS, BLANCA, MÓNICA y FEDERICO

Entra JOSÉ LUIS

JOSÉ LUIS

¡Bienvenido! Acá tenés un choricito, una costilla...

FEDERICO

Dejá. No voy a comer.

JOSÉ LUIS

¿Cómo que no vas a comer? Lo hice para vos.

FEDERICO

Para mí solo no. Para la familia. Mirá la hora que es. Ya no estoy para comer.

JOSÉ LUIS

Le voy a tener que dar todo al perro. Es el que más agradece y el que menos ladra. Tomarás algo. ¿O me vas a despreciar la bebida también?

BLANCA

Servile algo, dale. Y a tu madre, que se muere de sed. El boludo me vino a ofrecer hace una hora y después no me trajo nada.

JOSÉ LUIS

Pobrecita Blanca Paloma: la tengo abstemia y en ayunas.

BLANCA

Ganas no te faltarán de matarme de sed y de hambre.

JOSÉ LUIS

Podría hacer unos daikiris, si mi mujercita me ayudara a pelar la fruta.

MÓNICA

¿No podés solo, así lo atiende un poco a tu hermano?

JOSÉ LUIS

¿Y a mí quién me atiende? Dejalo un momento, así disfruta de la madre.

BLANCA

Eso, vayan a preparar algo bueno de verdad y déjenme un poco con mi bebé, que nunca lo veo.

Salen MÓNICA y JOSÉ LUIS

MÓNICA (Desde dentro.)

¿No podés arreglarte solo un poco? Con todo lo que tu hermano tendrá para contar.

JOSÉ LUIS

Ayudá a tu marido, guacha. ¿Qué va a tener para contar? Lo mismo que les dice a las revistas.

MÓNICA

¡Lo mismo! ¡Lo mismo! No vas a comparar a los periodistas con la familia...

Escena VII

BLANCA y FEDERICO

BLANCA

Siempre discutiendo. La mala influencia de la familia de Mónica. Son todos tan escandalosos... ¿Qué hacés, rufián? Ni un poquito la extrañabas a tu madre, ¿no es cierto?

FEDERICO

Sí, es cierto. Nunca te extraño.

BLANCA

¿Y me lo decís así, con ese descaro, hijo de puta?

FEDERICO

No te digas puta, que no me gusta. No te extraño porque te tengo demasiado incorporada. Vas conmigo a todas partes.

BLANCA

Claro, pero mientras vos llevás a todas partes a ésa que tenés incorporada, la de verdad, que soy yo, se tiene que quedar acá sola y aburrida como un clavo. ¿Por dónde anduviste últimamente? Contame, así me muero de envidia.

FEDERICO

Anduve mucho por Alemania...

BLANCA

No me da envidia. Odio a los alemanes. Son todos nazis.

FEDERICO

Todos no, mamá.

BLANCA

Todos. Te lo digo yo.

FEDERICO

Escandinavia...

BLANCA

Te habrás cagado de frío.

FEDERICO

¿Viste? Menos mal que no te llevo.

BLANCA
¿Por dónde más?

FEDERICO
Ámsterdam, París, Grecia, España, Portugal...

BLANCA
¡Degenerado! Yo sabía que me estabas engrupiendo.

FEDERICO
Y Nueva York, siempre Nueva York.

BLANCA
Sin tu madre. Siempre sin tu madre.

FEDERICO
Sabés que no podría atenderte. Estudiar, ensayar... Del hotel al teatro, del teatro al hotel...

BLANCA
Y en el hotel hay esos desayunos de bacanal, y el jacuzzi, y del hotel al restaurante... Siempre a los más caros y la cuenta ni te la muestran. Hasta masajes te hacen. Yo ando tan contracturada. Haceme unos masajitos, dale. Un día, mientras vos estés tocando el piano, tu madre se estará muriendo, sola como una perra.

FEDERICO (*Obedece*)
Yo también estoy solo, madre.

BLANCA
Porque querés.

FEDERICO
Si alguien pudiese acompañarme de plaza en plaza sería porque es un vago, y mi madre me enseñó que no hay que mantener vagos.

BLANCA
Es verdad. Y que ninguno te saque la plata que ganás con la sangre de tus dedos. Siempre te gustó abstraerte y vivir en tu propio mundo. Mejor aprender a estar solo siendo joven. Si total después, te arrumban como a un mueble desvencijado.

FEDERICO
¿Tanto así? ¡La soledad! ¡Vivir en mi mundo! Antes pensaba que me gustaba. Ahora doy en pensar que no puedo evitarlo. Que no tengo más remedio. ¿Y cuál es mi mundo? Antes buscaba siempre tocar a los románticos. Chopin. Rachmaninoff. Dicen que el número tres a nadie le sale tan fluido como a mí.

Ahora, si por mi fuera, no saldría de Bach. Las fugas. Las variaciones. Creo que me las sé de memoria. Y son muchas. Puedo estar horas tocándolas sólo para mí. Me apaciguan... logran que me olvide de mí y de todo. Bach las compuso para entretener a un noble insomne. Yo no me siento noble. Me siento vacío e inútil. Y dormir, duermo. A veces, lo que no quiero es despertar. ¿Para qué sirve la música? ¿Podés creer que hasta eso me pregunto a veces? ¿Acaso no es más que una distracción mientras crecen imparables la miseria y el deterioro del mundo? ¿Y con qué me quedo del Arte? Con formas matemáticas. Ideas puras. Ya casi no tolero las turbulencias románticas. Ni los entusiasmos. Estoy empezando a despreciar al público, a la gente. Y eso me asusta.

BLANCA

¿Por qué te asusta? La gente es una mierda despreciable, con honrosas excepciones. Eso lo puede ver cualquiera que tenga dos dedos de frente.

FEDERICO

¿Quiénes son las excepciones? ¿Nosotros?

BLANCA

Yo, seguro. Vos, no sé.

FEDERICO

¿Y mi hermano?

BLANCA

Hablábamos de gente, no de porcinos.

FEDERICO

¿Eso incluye a los chicos?

BLANCA

Los chicos son mis ángeles. Sobre todo Leticia. Por ellos sigo viniendo, que si fuera por los padres...

FEDERICO

¿Te confieso algo? Estuve considerando adoptar. En serio. Averigüé mucho. Casi lo hago.

BLANCA

No debe ser tan fácil conseguir. Media humanidad se caga de hambre pero ponen trabas y a los chicos no los entregan. Mirá las trabas que le ponen a la atorranta ésa rubia americana. Y ésa sí que gana más plata que vos.

FEDERICO

A veces, ser demasiado famoso, como es ella, te juega en contra. Lo mío no es para tanto. El piano no es el pop. Pagando bien sí te los entregan. Todo se compra y se vende en este mundo.

BLANCA

Menos el cariño de madre.

FEDERICO

Me di cuenta de que no quiero.

BLANCA

¿El cariño de tu madre?

FEDERICO

Adoptar.

BLANCA

No tenés tiempo para criar un hijo.

FEDERICO

Un poco es eso, sí. Pero también está el tema de la herencia, de la sangre. ¡La diosa genética, tan venerada en estos días! Me di cuenta de que no me da lo mismo. Estoy muy solo, sí, pero... ¿Puedo meter a un desconocido en casa? Aunque lo criara yo, ¿qué sé de la herencia que trae? Podría ser irremediablemente agresivo, o medio tarado. No me gustaría criar a un hijo tarado. ¡Éstas son las cosas políticamente incorrectas que me tengo que cuidar muy bien de decir en las entrevistas! Un hijo que alguien no quiso... ¡Podría ser un psicópata! Podría no tener sensibilidad para la música, como le pasó a una soprano maravillosa americana, que tuvo gemelos sordomudos... Ella cantaba como nadie, ¡y los hijos le nacieron sordos! Podría estar resentido para siempre. Dicen que en el inconsciente, los adoptados nunca olvidan que fueron arrancados a la madre. O que la madre los abandonó. ¿Y qué se yo de ser padre, al fin de cuentas, si crecí sin él? Podría ser un desastre.

BLANCA

Sí. Serías un desastre. Descartá esa idea. Los hijos sólo traen disgustos. Te lo digo yo.

FEDERICO

¿Sólo disgustos? También te traje un regalo.

BLANCA

¡Hijo de puta! Ya estaba pensando que no me habías traído nada. Me hacés desear. Tenés alma de torturador.

FEDERICO (*Saca del bolsillo un estuche; lo abre, toma la joya y se la pone a su madre*)

Lo compré en París.

BLANCA

Me parece bien. Yo soy muy como de París. Aunque mucho más linda que las francesas, que son todas espantosas. ¿Viste qué feas que son las francesas?

FEDERICO

No sé. No me parece. Cada vez miro menos a la gente, la verdad. No me gustan. Miro al público y me pregunto ¿qué tienen que ver conmigo? ¿Por qué están sentados ahí? Y después, en las recepciones... ni si me hablan en castellano entiendo lo que me están diciendo. Entonces quisiera ver rostros familiares. Extraño a la familia. Me acuerdo siempre de Nicolás cuando era chiquito. Yo estaba acá el día que se soltó y caminó solo por primera vez, ¿te acordás? Fue en el parque de tu casa. Tenías camelias rojas y blancas, como la traviata. Él se soltó de la mano del padre, y vino hacia mí, tambaleándose pero sin caerse, riendo como loco. Creo que nunca vi a alguien tan feliz. Eran sus primeros pasos. No te conté: en mayo di un concierto en la Alhambra...

BLANCA

Un concierto en la Alhambra y no llevaste a tu madre, ¡con lo que me gusta la Alhambra la puta que te parió!

FEDERICO

Toqué "Noches en los jardines de España". De Falla. Granada estaba llena de flores; no camelias, que son flores del frío y sin perfume. Flores olorosas, flores que despiertan tus sentidos hasta que los poros te duelen. Y cuando empezó la orquesta con los primeros acordes, antes de que yo rozara las teclas siquiera, me vino la risa de Nicolás la tarde de sus primeros pasos. Empecé a llorar. Casi media hora que dura la obra, tocando y llorando. ¿Toqué bien? ¿Toqué mal? ¿A quién le importa? Para los bises, descarté las canciones españolas que había preparado y me quedé con Bach. Sólo para calmarme a mí. Nadie se quejó. Iban a ver a una celebridad en la Alhambra, para poder contarle. Nadie escucharía nada. Había muchos niños. Pero ninguno era mi sobrino.

BLANCA

Te lo hubieras llevado con vos. Tu hermano lo está volviendo cada vez más bruto. Miran el canal de deportes las veinticuatro horas del día, y cuando salen, es que se van a ver algún partido por ahí, o a jugarlo, aunque son dos troncos. El nene se va a convertir en un boludo igual que el padre, ya no hay remedio. La única esperanza es la nena. Es más sensible. O al menos, más afectuosa.

FEDERICO

¡La nena! ¡La nena!

BLANCA

¿Qué? ¿Qué pasa con la nena? ¿La querés menos porque es mujer? ¿Vos también sos un machista asqueroso?

FEDERICO

Se está poniendo grande la nena. ¿A quién la ves parecida?

BLANCA

No sé. La tía de MÓNICA dice que se parece a mí. Yo no lo veo, la verdad, salvo en lo cariñosa. Me preocupa que sea gorda como todas ellas. En nuestra familia nunca hubo gordas.

FEDERICO

La madre no está gorda.

BLANCA

Porque se cuida. O porque tiene un pacto con el Diablo. Pero es una familia de gordas, te lo digo yo. Nos degradaron la sangre.

Escena VIII

BLANCA, FEDERICO, MÓNICA y JOSÉ LUIS

Entran MÓNICA y JOSÉ LUIS, con daikiris y algo más

MÓNICA

¿De qué hablaban?

BLANCA

Cosas tiernas, que se dicen entre una madre y su retoño. Qué curiosa que sos, siempre querés saber todo.

JOSÉ LUIS

Así son las mujeres. Chismosas, rompebolas...

BLANCA

Bien te convendría que te las rompan, para que no te pesen tanto.

JOSÉ LUIS

Son de extrema calidad. Irrompibles. Fijate lo que vienen aguantando.

BLANCA

Quiero creer que eso lo decís por tu mujer y no por mí.

JOSÉ LUIS

Va por todas las mujeres en general. Yo no discrimino.

BLANCA

¿Incluís a tu hija?

JOSÉ LUIS

No. Leticia es una santa. Nada que ver con ustedes. No se les parece en nada.

FEDERICO

¿Y a vos?

JOSÉ LUIS

¿A mí qué?

FEDERICO

¿A vos sí se te parece?

JOSÉ LUIS

Algo. Por lo menos tiene buen carácter, como yo, no es una amarga como ustedes tres.

BLANCA

¡Ya se metió otra vez conmigo! Federico, defendé a tu madre, una vez que estás acá. Si supieras la guerra que me hacen cuando nadie los ve...

MÓNICA

¿La guerra que te hacen quienes? ¿Hablás de mí?

BLANCA

No, querida. Yo ¿qué voy a decir yo de vos? ¡Santa Mónica!

MÓNICA

Por supuesto que soy una santa. Con las cosas que vengo aguantando...

BLANCA y JOSÉ LUIS (*Al unísono.*)

¿De qué te quejás?

BLANCA (*A JOSÉ LUIS.*)

No le hagas caso. Es una hija de puta.

JOSÉ LUIS (*A FEDERICO.*)

¡Mierda! ¿Ya te bajaste el daikiri?

FEDERICO

Para disfrutar mejor el espectáculo.

BLANCA

Te va a hacer mal, sin comer...

FEDERICO

Comí en el avión. Y me tomé dos whiskies. Y no me cayeron mal.

BLANCA

¿Desde cuándo le das al whisky? ¿Será posible que descarten siempre mi buen ejemplo y lo imiten al padre en todo?

JOSÉ LUIS (A FEDERICO.)

Dame el vaso que te preparo otro trago.

BLANCA

A mí también, che. Así digiero estar rodeada de borrachos. Que me queda si no resignarme.

Sale JOSÉ LUIS.

Escena IX

BLANCA, FEDERICO y MÓNICA

FEDERICO (A MÓNICA.)

¿Cómo están después de la reconciliación?

MÓNICA

¿Vos también con eso? ¿Qué les dio a los dos? Ya pasó más de un año.

FEDERICO

Un año en el que casi ni vine.

BLANCA

Pobrecito mi nene, en los mejores hoteles, en los mejores restaurantes, en la Alhambra... perdiéndose estas escenas de amor y armonía familiar.

FEDERICO

Me pierdo unas cuantas cosas, sí. Y no creas que no lo lamento.

BLANCA

“Il lamento di Federico”. ¿No se llama así un aria de ópera? ¡Los tres tenores! ¿Viste qué culta me estoy volviendo? Para que no te avergüences de mí cuando me lleves de gira.

FEDERICO

Con vos nunca me avergüenzo. Me resigno.

BLANCA

Me perdí. Eso, ¿cómo debo interpretarlo? Me estás diciendo algo feo, ¿no es cierto, hijo de puta?

MÓNICA

¡Qué lindo! Cómo se quieren en esta familia.

FEDERICO

Yo a vos te quería mucho, Mónica.

MÓNICA

¿Ya no?

BLANCA

Después se dio cuenta de que sos una guacha. ¿O pensabas que lo ibas a tener engañado para siempre? Es inteligente, mi nene.

FEDERICO

Algo de eso hay.

MÓNICA

¡No puedo creer lo que estoy oyendo!

BLANCA

¿No podés o no querés? Es que a veces la verdad no conviene, Mónica. Pero tendrías que asumirla, de todos modos.

FEDERICO

Mónica está más cerca de la verdad que todos nosotros, mamá.

BLANCA

¿Ésta? ¿Qué va a saber ésta si es una ignorante? No leyó un libro en su vida.

MÓNICA

Y me metí en una familia de premios Nobel.

FEDERICO

¿Estás cansada de nosotros, Mónica?

BLANCA- ¡Es tan ingrata!

MÓNICA

¿Cómo voy a estar cansada de vos, Federico, si no te vemos nunca? Y vos sabés lo que te quiero y lo que te admiro. Pero la verdad es que eso que me dijiste recién no me cayó nada bien.

FEDERICO

Estuve un poco bruto, lo confieso.

BLANCA

No confieses nada. Más brutos son en su familia.

FEDERICO

Mamá, ¿por qué no vas a ver qué hace JOSÉ LUIS?

BLANCA

¿Me estás echando?

FEDERICO

Iba a preparar unos tragos, pero algo me dice que se quedó mirando la tele.

BLANCA

Tenés razón. Siempre la misma bestia desatenta. *(Se levanta para ir a la cocina o donde fuere.)* Hijito de mi alma, ¿qué estás haciendo? ¿Te olvidaste de tu hermano y de tu madre? *(Sale.)* Che, cretino, respondé, ¡que nos estamos muriendo de sed acá en la mesa!

Escena X

FEDERICO y MÓNICA

FEDERICO

Con suerte, se enganchan a pelear allá y nos dan unos minutos de paz.

MÓNICA

Vos te hacés mucho problema. Yo ya estoy acostumbrada.

FEDERICO

¿Y contenta?

MÓNICA

Contenta, ¿con qué?

FEDERICO

Con tu situación, con tu matrimonio, con la vida familiar... con los hijos.

MÓNICA

Sí, bastante. ¿Por qué no? Yo no soy tan exigente como un gran pianista. Nos queremos. Tu mamá es difícil, no te lo voy a negar. Pero ya estoy acostumbrada, es como un folklore. Con Nico reniego bastante. ¡La adolescencia! ¡La rebeldía! ¡Las hormonas! Tiene el cuarto que es un chiquero, ¡y con un olor! El olor es como una pared que te rompe la frente dos metros antes de entrar en su pieza. No me hace caso en nada. Se alía con el padre y me pelean entre los dos.

FEDERICO

Y vos te refugiás en Leticia.

MÓNICA

Un poco, sí. Ella es tan dulce. Y le gustan todas las pavadas femeninas, las cosas de mujeres, como a mí. En esta parte de la familia, somos muy convencionales.

FEDERICO

No como yo.

MÓNICA

Los artistas viven en su mundo aparte. Lo que nunca entendí es que te separaras de Antonio. Hacían una buena pareja. Lo queríamos mucho.

FEDERICO

¿Nunca lo entendiste o es que te pareció mal?

MÓNICA

No sé... Es una cosa de la época, ¿no? Me parece que todo se descarta muy fácil, se rompen los afectos en vez de enfrentar las dificultades juntos y tratar de superarlas.

FEDERICO

¿Como vos y José Luis?

MÓNICA

Tal vez. No estábamos hablando de eso.

FEDERICO

Estábamos hablando, nada más. Y vos preferís un asunto concluido, como el de Antonio, a las cosas soterradas pero vigentes, sobre las que te preguntaría, si me atreviera.

MÓNICA

Preguntame lo que quieras. Tenemos confianza. ¿O no?

FEDERICO

No sé. La tuvimos alguna vez.

MÓNICA

Cuando empecé a salir con tu hermano. Vos eras un adolescente. Te gustaba mucho hablar conmigo. Me contabas de tus sueños, de la música, de lo que leías... ¿Seguís leyendo tanto como antes? ¿Tenés tiempo?

FEDERICO

Leo bastante, sí. Procuro que me dejen en paz y me enfrasco en un libro.

MÓNICA

Yo soy un desastre, tiene razón tu vieja. Me entusiasmo y empiezo pero no puedo terminar ninguno. Antes, al menos, me los contabas vos.

FEDERICO

¿Querés que te cuente uno?

MÓNICA

Dale.

FEDERICO

Es una novela del siglo XIX. Sabés que tengo debilidad por el XIX. Española. Pérez Galdós, que me encanta. “El abuelo”. Un aristócrata muy ufano de su alcurnia. Venido a menos. Tenía un solo hijo, con el que se peleó cuando éste se apasionó y se casó con una mujer que era poca cosa para ellos. El matrimonio tiene dos hijas y luego el hijo del abuelo muere. Pero hete aquí que al morir deja una carta, en la que se lamenta porque, tanto como amaba a su mujer, sabe que nunca ha sido correspondido. Que ella amaba a otro hombre, y que sólo una de las dos hijas que deja es suya, que una fue engendrada por el otro. Pero en la carta no dice cuál es de él y cuál es del otro. De modo que el abuelo se entera de que sólo una de las chicas es su nieta, la heredera de su sangre y de toda su prosapia, pero no sabe cuál. Encara a la nuera, pero ésta no se lo quiere decir. La persigue, la investiga, la amenaza... ni modo. Tienen peleas furibundas. La nuera resiste. Entonces el viejo se aboca a las niñas, a conocerlas, a convivir con ellas, se las lleva de viaje, pensando que así va a descubrir cuál es su nieta, porque ésta tendría que tener la nobleza de carácter y mostrar los rasgos propios de su gran familia... La novela es atrapante. No te voy a contar el final.

MÓNICA

¡No me hagas eso!

FEDERICO

La leí muy divertido, muy absorto, y sin embargo, creo que, al leerla, no la entendía. La entendí después. Mientras la estaba leyendo, alimentaba un dejo de sorna por ese viejo tan obseso con la cuestión de la sangre. Me parecía algo trivial. Pensaba “¿si las nenas son divinas, por qué no las acepta a las dos y se deja de joder?”.

MÓNICA

Yo pensaría lo mismo.

FEDERICO

Porque te identificás con la nuera.

MÓNICA

Tal vez. Creo que hacía bien en no decirle al viejo cuál era cuál.

FEDERICO

¿Así el viejo las quería a las dos y lo heredaban las dos?

MÓNICA

Claro. Y no se creaba un trauma entre las hermanas.

FEDERICO

Es razonable, pero... ¿Por qué quiere uno a un nieto, por qué quiere uno a un sobrino si no es por la sangre? Yo, por ejemplo. A mis sobrinos apenas los veo. Y sin embargo los adoro. ¿Por qué los adoro? Porque llevan mi sangre, son hijos de mi hermano. Si vos hubieras tenido un affaire extramatrimonial, y de ahí un retoño, tal vez mi hermano, aún a sabiendas, lo hubiese criado como suyo, o como suya. Porque es noble, porque es bueno, porque te quiere. Porque, como ya hemos visto, participa de tu filosofía: prefiere mantener lo que hay y no “romper los afectos”. Pero yo... ¿por qué tendría que quererlo yo, o que quererla?

MÓNICA

¿Por su forma de ser?

FEDERICO

¡Mónica! A los hijos, a los nietos, a los sobrinos no se los quiere por su forma de ser. Se los quiere porque son eso: hijos, nietos, sobrinos... Porque llevan nuestra sangre. Porque los vemos crecer y reconocemos el fantasma de nuestras formas, gestos, algo de nuestro hermano, de nuestro padre, de la abuela... Un matiz de la voz, un modo de hablar... Y esas cosas no se aprenden, vienen escritas. Nicolás tiene cada vez más cosas de su abuelo, y no llegó siquiera a conocerlo. Le van apareciendo.

MÓNICA

Sí. Nicolás tiene mucho de ustedes.

FEDERICO

Pero Leticia no.

MÓNICA

Lo de los genes es azaroso.

FEDERICO

Leticia no tiene nada ni de mí ni de su padre ni de nadie de mi familia.

MÓNICA

La abuela dice que es dulce como ella.

FEDERICO

Es dulce, sí. En eso tampoco se parece a ninguno de nosotros.

MÓNICA

¿No la querés?

FEDERICO

La quiero. La adoro. Y por eso siento culpa, me parece que un día la voy a deshacer de tanto mirarla buscando el rasgo familiar que nunca le encuentro.

MÓNICA

Las percepciones son tan subjetivas...

FEDERICO

Es cierto. Mi percepción subjetiva le ve a Leticia la misma cara y hasta el cuerpo que tenía un amigo de mi hermano que siempre estaba con ustedes y que ahora, al parecer, desapareció.

MÓNICA

¿Un amigo? ¿De quién hablás?

FEDERICO

¿De quién voy a hablar? Del Gordo Marengo. ¿Qué pasa que no ven más al Gordo Marengo?

MÓNICA

Los vemos menos desde que se separaron.

Escena XI

MÓNICA, FEDERICO, BLANCA y JOSÉ LUIS

BLANCA (*Entrando, atrás viene JOSÉ LUIS.*)

¿Quién se separó?

FEDERICO

El Gordo Marengo.

BLANCA

¿Se separó el Gordo Marengo? La mujer estará feliz, al fin se libró de ese gordo pelotudo. No es que ella me cayera muy bien, ojo, buena boluda ella también. Pero al menos trabajaba y se ocupaba de los hijos, no como ese gordo vago con complejo de eterno adolescente. Con razón ya no los veo por acá. Mejor así. Vos, José Luis, sos un cándido... Ese gordo asqueroso te tuvo siempre una envidia supina. No puede soportar que vos vivas bien mientras a él lo comen los piojos por su propia desidia. Este país está lleno de vagos que no quieren trabajar y nos desean el mal a los que nos rompemos el culo.

JOSÉ LUIS

¿Podremos cambiar el tema y el tono, para acompañar los tragos que preparé?
¿Nadie quiere contar un chiste?

FEDERICO

¿Querés que te diga cuántos pedos caben en una piñata?

JOSÉ LUIS

¿Cuántos?

FEDERICO

Pedoname, pedo no pedo. Sabía, pedo pedo pedo pedo pedo pedo pedo me olvidé.

JOSÉ LUIS

¡Estás totalmente borracho!

FEDERICO

Me lo contó Bruno Gelber. ¿Te gustó?

JOSÉ LUIS

Me encantó.

FEDERICO

Bueno. Ahora contame por qué no lo ven más al Gordo Marengo.

JOSÉ LUIS

Porque, por una vez, la abuela tiene razón: es un gordo pelotudo.

BLANCA

Yo siempre tengo razón. Y percibo todo y me doy cuenta de todo, aunque ustedes piensen que estoy gagá.

FEDERICO

¡Ah! ¿Sí? ¿Te das cuenta de todo? A ver, contame, ¿a quién se parece Leticia?

BLANCA

Es difícil. Está muy mezclada. La tía de Mónica dice que se parece a mí.

FEDERICO

Y vos, ¿la ves parecida a vos?

BLANCA

La verdad es que no. Salvo en el carácter. Es buena como yo, no es una cretina como ustedes.

FEDERICO

Y vos, José Luis, ¿a quién la ves parecida?

JOSÉ LUIS

Yo creo que se parece a nosotros, pero tiene mucho de la familia de Mónica también.

MÓNICA

Tiene cosas de mi mamá.

BLANCA

Es cierto. Está muy gorda. Pero es mucho más linda. Vos, ¿a quién la ves parecida?

FEDERICO

Al Gordo Marengo.

BLANCA

¿Al Gordo Marengo? ¡Qué taradez! ¡Es mucho más linda que ese gordo asqueroso! ¿Por qué se iba a parecer al Gordo Marengo?

FEDERICO

¿Porque es el padre?

BLANCA

¡Estás borracho! ¿Cómo va a ser el padre? El padre es tu hermano.

FEDERICO

Sí. Estoy borracho. Y claro, mi hermano es el padre. El padre que la crió. Pero, ¿es también el padre que la engendró?

JOSÉ LUIS

¿Por qué no te dedicás a tocar el piano en vez de meterte en lo que no te incumbe?

FEDERICO

Me dedico a tocar el piano. Mis sobrinos, ¿no me incumben? Cada vez que Mónica quedó embarazada me llamaste alborozado para que te felicitara. En cada nacimiento esperabas que estuviera. Estás orgulloso de tener algo que yo no voy a tener. Hijos. Nico apenas me lleva el apunte, es cierto. Pero Leticia me quiere y me busca. Quiere estudiar en Europa. Quiere venirse conmigo.

MÓNICA

¡Todavía falta para que termine la escuela!

FEDERICO

Menos de dos años.

BLANCA

¡Cómo pasa el tiempo!

JOSÉ LUIS

¿Cuál es el punto? ¿Te vas a llevar a mi hija? ¿Si tiene la sangre nuestra te la llevás, y si no, nos la dejás? Entonces te doy el gusto: no. No es hija mía. La adopté. No te la vas a llevar. No se la di al Gordo Marengo y tampoco te la voy a dar a vos. Soy el que más la quiere. No tiene mis genes, no la llevé en el vientre, pero decidí criarla y soy el que más la quiere. Vos no sos el tío, ni esta bruja es su abuela. Pero yo soy el padre, y soy el que más la quiere. Soy el que más la quiere (*Se quiebra.*)

MÓNICA

Yo también la quiero.

BLANCA

Esto no está sucediendo. Díganme que estoy soñando. ¿Cómo pudiste revolcarte con ese Gordo inmundo? Me parece que más que por lo puta, te desprecio por tu mal gusto.

MÓNICA

Fue un mal momento. Estábamos mucho juntos... La confianza... El peor momento de nuestro matrimonio. Y el gordo sabe ser cariñoso cuando quiere. Sabe contener.

BLANCA

Y sabe meterla cuando las putas abren las piernas.

MÓNICA

Al fin y al cabo, es un asunto de José Luis y mío. ¿Hacía falta remover esta historia?

FEDERICO

Supongo que no. No pude evitarlo. La obsesión me estaba matando. Y estoy borracho. Soy un imbécil. No sé dónde meterme. Perdón, hermano. ¿Me perdonarás?

JOSÉ LUIS

¿No vas a querer a Leticia por una cuestión de sangre? ¿A quién le importa la sangre?

FEDERICO

Ahora que ya sé cómo son las cosas, a mí me importa muy poco. Puedo adoptarla, como vos. Pero a Leticia sí puede importarle saber quién la engendró. Puede darse cuenta. El padre biológico se lo puede contar. Porque el Gordo lo sabe. Yo lo vi con ella y sé que lo sabe. Está orgulloso de haber inmiscuido su semen en tu casa. Y es el derecho de Leticia, ¿o no? Saber de dónde viene.

JOSÉ LUIS

Un derecho que la puede destruir.

FEDERICO

¿A ella, o a nosotros?

MÓNICA

¿Por qué decís “nosotros”? Vos tenés tu fama y tus giras y tu música. Nosotros sólo tenemos la familia.

BLANCA

Te hubieras acordado antes, prostituta.

FEDERICO

Mamá, no seas bestia. Ninguno puede arrojar la primera piedra. Nadie va a juzgarte, Mónica.

BLANCA

Yo ya la juzgué y ya la condené.

FEDERICO

¡Ánimo, José Luis! Nada es tan grave. Te quiero y te admiro. Sos un gran padre y un gran hermano.

JOSÉ LUIS

Y vos sos un gran pelotudo. Ahora te vas a ir y nos vas a dejar en el infierno.

FEDERICO

Yo creí que el infierno era la mentira.

BLANCA

Te equivocabas. La verdad. La verdad es el infierno. (*Suena el timbre.*). ¿Quién mierda será, justo ahora que la charla estaba tan entretenida?

MÓNICA

Es Leticia. La traen a Leticia. Es Leticia que vuelve a casa.

Expectación general.

Fin.

Mariano Moro

Correo electrónico: marianomorolorente@gmail.com

Edición a cargo de Ana Laura Pace.

Correo electrónico: analaupace@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2019)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar